

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

AÑO XVIII

MADRID 28 DE ABRIL DE 1912

NÚM. 837



LA VELETA DE LAS NEGOCIACIONES

«Al N. de nuestra Península se registran persistentes presiones colonistas, cuyo influjo alcanza á toda España y parte de la costa de Africa, produciendo fuertes vientos con dirección variable y tiempo incierto.»

DOMINGOS DE CEDEÓN

Calínez, vivimos de milagro.

—¿Qué me dices?

—Que vivimos de milagro.

—No, si ya te he oído. Quiero decirte que tu afirmación me sorprende mucho, porque yo creía que estábamos en el mejor de los mundos.

—No lo creas; en política todo son engañadoras apariencias. Cuando más seguro y fuerte se considera un Gobierno, ocurre algo inesperado, que da en tierra con sus risueños optimismos.

—Sin embargo, Romanones...

—Romanones es el presidente de los optimistas, ya que por ahora no pueda serlo del Consejo, que es a lo que tira hace algunos años. Pero ya habrás leído sus últimas declaraciones. No pasa nada, no hay que temer nada; tenemos, según él, situación canalejista para rato, sobre todo, mientras Romanones no se decida a arrojar su puñal al campo enemigo para que sacrifiquen a los suyos.

—¿Está contento Romanones?

—Eso es de lo que se preocupa Canalejas.

—En otros tiempos se preguntaba: ¿Están contentos los Conchas? Hoy se dice: ¿Le parecerá todavía poco mango-neo al Conde? En el fondo es lo mismo. Ya ves, Romanones—éste es el colmo de la adulación—ha llegado a ser presidente honorario de la Asociación de Educación Física, que, como puedes presumir, no tiene otros propósitos que los de conseguir que los ciudadanos lleguen, por medio de la educación física, a la más completa perfección de sus miembros y de su organismo, ni más ni menos que en Esparta. ¿Tú crees que en Esparta hubieran elegido presidente a Romanones para esto de la educación física?

—Hombre, me haces unas preguntitas...

—No, resueltamente. Pero vuelvo a decirte lo que en otras ocasiones: entre nosotros, el que llega a político decentemente amueblado puede serlo todo con la mayor impunidad, hasta académico de lo que más le guste y convenga. No te olvides del gran lema nuestro: la cuestión es pasar el rato, sea lo que sea.

—Gedeón, ¿y por qué decías que vivimos de milagro, y perdona que torne al interrogatorio?

—Porque Canalejas ha estado si se va o no se va en estos días.

—¿Alguna conjura?

—Nada de conjura. Espontáneamente. Don José está aburrido, agobiado, fastidiado, como diría el personaje de los Quintero.

—Y ¿por qué? ¿Acaso Barroso se le ha caído encima?

—¡Hombre! Entonces, el pobre don José no hubiera dicho ni pío. Imagínate la escena del *Titanic* chocando con el

enorme bloque de hielo. Don José hubiera hecho agua en el acto, irremisiblemente. No, no se trata de eso.

—Pues, entonces...

—Los presupuestos tienen la culpa. Han llegado a ser su obsesión. Le quitan el sueño, conturban su espíritu, le traen a mal traer. Don José no es el mismo. Ya no se desborda, ante el corrillo de *reporters*, en un florilegio de palabras; no hace estupendas declaraciones, ni anuncia sucesos maravillosos para el porvenir. Al contrario, don José rehuye toda conversación, esquiva todo encuentro, no tiene humor de nada; hasta el melifluido tono de Zancadita le molesta.

—¿Qué hace?



—Los presupuestos invaden toda su atención. Si quieres encontrarle, en el ministerio de Hacienda le tienes, servicio permanente. Come y hasta duerme, según dicen, en cama matrimonial con Navarro Reverter. Está desconocido. Además, cuida con un celo exagerado de que nadie pueda distraer con comisiones inoportunas la atención del ministro. Se han suprimido las visitas en absoluto. Solamente le permite a Navarro Reverter que salga media horita todas las tardes, para dar un paseo higiénico, y si se retrasa cinco minutos en volver, el Presidente atisba impaciente su regreso desde los cristales del balcón, y, cuando oye sonar la bocina del automóvil, respira con satisfacción.

—¡Caramba! ¿Me dejas asombrado!

—Sí, Calínez; tú no puedes figurarte el trabajo que cuesta hacer unos presupuestos, aunque sean de los de tente mientras cobro, que dice la gente, porque ningún ministro se halla satisfecho de los cortes que en la obra financiera, antes de estrenarse, quiere hacer el ministro de Hacienda.

—¿Cortes?

—Sí, muchos cortes. Don Juanito ya sabes que siempre tuvo fama de rumbo-so; bueno, pues ahora se ha vuelto tan económico, que antes de soltar una peseta se bebe una botella de agua de Mondariz, porque si no, le hace daño.

—Comprendo. ¿Todo por el superávit!

—O que lo parezca. El caso es que hay mar de fondo en esto de los presupuestos, que se ha suspendido un Consejo de ministros porque la cosa no estaba muy clara. Lo cierto es que se dice que, a pesar de los acuerdos adoptados hace po-

cos días, las cifras que envían algunos ministerios no se han modificado todo lo necesario, y como el ministro de Hacienda quiere a toda costa dárnosla con un superávit muy bien imitado, ¡comprendes!, se supone que todavía no se ha llegado a un acuerdo definitivo, porque hay ministros que no parecen dispuestos a ceder, y hasta se habla de crisis y de otros graves tropiezos. Ya ves si esto es grave en vísperas de abrirse las Cortes.

—Mejor dirás, de abrirse Canalejas.

—Y ahí le tienes de zurcidor de voluntades, de ministro en ministro, para salvar los tan traídos y llevados presupuestos.

—Y de negociaciones, ¿qué?

—Pues, de negociaciones, bien poca cosa. Ya verás cómo acaba por ser un numerito para la atracción de forasteros en el próximo mes, al paso que vamos. García Prieto visitó hace tres días al embajador de Francia, y supongo que éste, al darle cuenta detallada de los sucesos de Fez, le haría ver las innegables ventaj-

as del protectorado.

—Sí, parece que van entendiendo, pero en sentido contrario, lo de la penetración pacífica. En fin, ello dirá. Por lo pronto, antes que como diplomático, tenemos que felicitar a García Prieto como académico.

—¿Académico?

—No te alarmes, después de serlo Romanones. García Prieto ha sido elegido académico de mérito de la Academia de Jurisprudencia. Presidió Rodríguez San Pedro, y el acto, según dicen, resultó muy solemne.

—¡Y tan solemne! ¡Presidiendo San Pedro!

—Sabrás que D. Valeriano es esperado en Madrid uno de estos días. La noticia no es nueva ni interesante, pero en cierto sentido no deja de ser sensacional. ¡Viene a hacerse ropa de primavera!



¿EN QUÉ QUEDAMOS?

Caballeros, ¡vaya un lío, de padre y muy señor mío, el que el *Titanic* armó!... ¿Fue aquéllo heroico ó grave?... ¡Cualquiera, a estas horas, sabe qué fue lo que allí pasó!

Según cierta referencia de la calma y la prudencia el capitán fue sosten...



EL POBRE BARROSO

¡Tengan lástima y compasión de este pobrecito mudo... que va á tener que hablar dentro de tres días. .!

Mil órdenes dió al momento,
y, acabado el salvamento,
se pegó un tiro en la sien.

Mas, según otros rumores
que nos envían los lores,
tan fiero lobo de mar
no dijo "¡Avante!", ni "¡Orza!",
pues tenía una *cogorza*
mucho más que regular.

Según unos, la *matchicha*
tocó, entre tanta desdicha,
la orquesta de aquel vapor...
Mas, según dice Belluga,
lo que tocó fué una *fuga*
en *mi natural menor*.

Hay quien dice que los ricos
juraron salvar los chicos
de los pobres y morir...
Y hay quien dice, en tono recio,
que los botes á buen precio
se pagaron, para huir.

Hay quien afirma, *de vista*,
que murió el telegrafista
junto al mismo transmisor...
Y hay quien dice que en un bote
murió helado, ante el azote
de aquel mar congelador.

Hay quien dice que el pasaje
con heroico coraje,
tomó á broma aquel belén...
Y hay quien jura que el espanto
llegó á tanto, pero á tanto,
que se han vuelto locos cien...

¡Qué pensar! Esto es bastante:
"Se hundió buque tan flamante
bajo tan negro capuz,
que de él y sus desventuras,
nos quedaremos á obscuras..."
(Y eso que se hundió con luz.)



Despertaste al fin, querido Gedeón?
¿Saliste de aquel marasmo que...?
—Desperté y salí, y aquí me tienes,
con cada ojo como un plato, pues hoy
más que nunca hay que andar con muchí-
simo ojo.

—¿Tú crees?

—Porque lo creo te lo digo y te lo re-
comiendo, Calínez; pues hay situaciones
delicadas y ésta es una.

—Ya me figuro á lo que te refieres.
¿No es verdad que al hablarme así pien-
sas en el propio *Arsenio Lupin*, ladrón
de guante blanco?

—Calla, Calínez, que ahí le duele, y el
toque está precisamente en que de eso no
podemos decir una palabra.

—¿Por qué?

—Imposible me parece que con tu pe-
netración tengas que hacerme esa pre-
gunta. ¿No sabes que el arreglo de la co-
media de Leblanc está hecho por Luis
Gabaldón y Enrique F. Gutiérrez?

—Me lo sé de corrido.

—Pues, ¿cómo quieres que digamos
nada bueno ni nada malo de la obra? Fi-
gúrate, por un momento, que hablamos
de su tono ligero y ameno, sin mezcla de
melodrama espeluznante, ó que celebra-
mos la soltura del diálogo y el interés con

que se siguen aquellas peripecias del ele-
gante ladrón con el estúpido polizonte, ó
cualesquiera sorpresas y efectos teatrales
de *Arsenio Lupin*.

—Ya me lo figuro.

—Pues figúrate también la cara que
pondría Gabaldón al leerlo. "No, Ge-
deoncito, ¿sabes?, me diría. Tratándose
de mí, ¿eh?, vamos, no está bien el bom-
bo, ¿eh? Parecería que me lo propinaba
yo mismo, y no, ¿eh?"

—¿Y si le pegáramos?

—¡Calla, Calínez, y no digas desati-
nos! Si le pegáramos, habría que ver la
otra cara que pondría Gabaldón al verlo.
"No, Gedeoncito, no, ¿sabes?, me diría.
Pegar, no, porque, ¡vamos!, mi colabo-
rador, ¿eh?, no tiene la culpa de nuestro
parentesco espiritual, ¿eh? ¿No te pare-
ce? Por lo mismo que he colaborado con
él, ¿eh? Tú, haz lo que quieras; pero, va-
mos, yo creo que... ¿No?"

—Comprendido. Tendremos que des-
ahogarnos con el *Cuarteto Pons*.

—¿Qué cosas se te ocurren! Conque,
en vista de que sobreseemos libremente
la causas de los amigos, ¿vamos á con-
denar á Arniches y á García Alvarez?
¿Qué tema para un artículo de Gasset!

—Bueno, pues "*non raggionar di lor,
ma gucrda e passa*".

—Cómo se conoce que no sales de la
Comedia. Te veo italianizado, Calínez.

—Sí, que salgo, y voy á otros teatros.
¿No faltaba más! ¿Quieres que te diga lo
que me pareció el estreno del *Cuarteto
Pons*?

—No.

—Pues lo siento. Porque te diría que
me hicieron gracia algunos chistes y que
me reí con ellos, como todo el mundo;
que me gustó un número de la partitura
de Lleó, que me pareció muy bien Peña,
y que, sin embargo, no me pareció cosa
mayor la obra, porque...

—Que te calles, Calínez. ¿Cómo te lo
he de decir? Que no me hace falta saber
tu opinión.

—Dispensa, Manolo.

—Y, á propósito de *Manolo*; si tienes
ganas de morder, ahí te entrego al doctor
Madrazo, que nos ha dado su drama *He-
rencia y educación*.

—¿Ah, sí? ¿Esas cosas me dejas? Va-
ya una gracia que tendría meterse con el
doctor, con quien se mete todo el mundo.
No, amigo mío. ¡Eso sí que no! Sobre
que con este autor tenemos, á mi juicio,
más conexiones que con ninguno. El doc-
tor es, á no dudar, cultivador acreditado
del *drama gedeónico*. ¿No recuerdas
aquella exclamación del médico, cuando
Diabolina está dando las boqueadas?
"¡Oh, qué triste es la muerte patológi-
ca!" Ya verías el efecto que hizo al pú-
blico esta gedeónica reflexión. No, Ge-
deón, no; pídemelo lo que quieras, pero al
doctor Madrazo le considero yo como de
la familia.

—Pues anda, si eres valiente, y métete
con Aristófanes, el Rabbi don Sem Tob,
Lope de Rueda y Molière, y haz chirigo-
tas sobre el ensayo de *Las ranas* en casa
del *corega*, ó tómale el pelo al *Escoliasta*,
si te atreves. Anda, Calínez. ¡Duro con
la *Ronda de histriones*, y con la *Danza
de la muerte*, y con *Arlequín vividor*, y
con *Los ladrones*, y con *El enfermo ima-
ginario*!

—Te ha dado hoy por hacerme rabiar.
Demasiado sé que ni con esas cosas ni
con las conferencias de Gual se puede

uno meter; primero, porque, aquí que
nadie nos oye, son cosa excelente, y se-
gundo, porque, aunque á mí no me lo
parecieran, tendría que hacer lo que un
concejal, amigo mío, al final del ciclo. El
hombre se había aburrido soberanamen-
te, porque no había entendido una pala-
bra de todo aquello; pero, como le daba
vergüenza confesar su ignorancia, decía
muy formal: "Ha sido interesantísimo,
especialmente para nosotros; porque
convendrá usted conmigo que esto no es
para todo el mundo." Pero, ¿á usted le
ha gustado de veras?, le dije yo. Y me
contestó, vehementemente: "¿A mí? ¡A
rabiar!"



GEDEON, REPORTER

CON VILLANUEVA EL MORALISTA

Qué mosca le habrá picado á este señor,
que tan á punta de lanza lleva eso de
los sueldos y de las gratificaciones dobles
de que venían disfrutando, dicho sea con
toda la fuerza cómica del verbo, algunos
más ó menos voraces covachuelistas?

Este país es el país de las sorpresas y
de las paradojas. Siempre le duele al más
sano, vende salud el más enfermo, llora
el más alegre, y el más fúnebre se sale
por peteneras. ¡Villanueva severo! Es lo
más donoso del mundo. ¡Villanueva ín-
tegro! Es lo más estupendo que podrí-
amos imaginar. Sólo Gasset, poniendo cá-
tedra augusta y solemne de austeros pro-
cedimientos políticos, nos ha dado una
tan exacta sensación de lo grotesco.

Algo le ha pasado á ese hombre, pense
leyendo las rígidas y detonantes disposi-
ciones de monsieur Villanueva. Porque
privar de comedero humilde á quien come
á turno impar, y eso en virtud y por
mandato de una excelsitud impoluta en
nuestra casi ídem Administración, es
cosa que no le pudo cruzar por las men-
tes á Villanueva en un momento de tran-
quilidad.

Y como un naturalista que ha decidido
estudiar algún fenómeno curioso, me fui
á verle.

—Don Miguel, uno mis plácemes á los
recibidos. Eso es velar por el dinero na-
cional. Pero, dígame usted, ¿á qué obe-
dece todo eso?

Villanueva se me quedó mirando, fijo
y escrutador. Yo atajé un posible subter-
fugio:

—Mire, á mí se me habla con confianza
total, con palabra de amigo. Ante mí, la
hoja de parra es una ridiculez. Hablo des-
de hace tiempo con los políticos más emi-
nentes, en mangas de camisa, tú por tú.
GEDEÓN, el español más sincero de nues-
tro siglo, tiene bien ganados esos privi-
legios.

Villanueva, sintiéndose contagiado por
mi voz y mi ademán campechanotes, se
desabrochó el chaleco y me dijo, con el
semblante lleno de alegría:

—¡Así me gusta, GEDEÓN! Da gusto
encontrarse con gente que lo entiende á
uno. Le diré á usted...

Hizo una pausa y prosiguió:

—Llevaba mucho tiempo sin gozar los



EL ORFÉON DE LOS PRESUPUESTOS

Pocos orfeonistas... ¡pero qué desafinados todos!

...as de la cadera. Estaba ya impaciente. ¿Recuerda usted mi discurso del año pasado, aquel artículo que parecía un artículo de *Le Temps*, aquel discurso en el que yo afirmaba ser nuestro país un ridículo país de opereta, sin tropas, sin dineros, incapaz de colonizar á nadie, y cuya mejor actitud debía ser la de entregarse con gesto sumiso al imperio francés? ¿Recuerda usted mis palabras? Nadie pensara que un hombre así, antiespañol ó, al menos, antibelicoso, pudiera formar parte del mismo Gobierno á quien entonces combatiera, y en un momento en que parece inminente otra excursión al Rif. Esto hubiera parecido absurdo, ¿no? Pues bien. Aquí me tiene con la ubre en la boca, mamando á dos carrillos. ¡Si es un país estupendo! El otro día lo dijo Gasset, y hoy lo repito yo. Aquí lo que hace falta es chillar. Para Canalejas, el chillido es la mejor arma.

—No veo, sin par don Miguel, qué relación guarda todo eso con sus disposiciones contra los sueldos repetidos.

—Lerdo le veo á usted de imaginación, caro amigo. Responde al mismo sistema táctico, aunque aparente forma distinta. Si por hablar mal de España me hacen gobernante español, por suprimir sueldos me los darán dobles. ¿Estamos? Y así, en cuanto deje de ser ministro, se precipitarán sobre mí los Consejos de Compañías y otras dulces brevas. ¿No se ha convencido usted, hombre míope, de que cuanto más se chilla y más alto se vocea, más se consigue?

Me amagó con un golpecito regocijado en la tripa, y concluyó diciéndome:

—¿Ve usted ya la razón de mis feroces campañas?

Estreché la menuda mano de Villanueva y me despedí contagiado. En cuanto puse el pie en la calle me puse á dar voces, á promover alboroto. Me cogió un guardia y me llevó á la Comisaría.

Y es que hace falta gritar, pero no en la calle.



ASESINANDO EL TIEMPO

LA SEÑORA DE PÉREZ

Así como hay días en que no puede uno salir de casa hasta que le planchen el único pantalón que posee en buen uso, hay momentos en que la pluma se resiste á dejar su huella sobre las "blancas y satinadas cuartillas".

Es la única frase que nos ha quedado de los artículos de Gasset.

Pero el público pide ¡caballos, caballos!, y hay por fuerza que montar en el flaco rocín del buen humor y meterse, pluma en ristre, ora en la cacharrería, ó bien en los medios, y dar rienda suelta á la sátira y hasta á los sátiros, en estos tiempos decadentes del "prostíbulo" peculiar.

¿Dedicamos una elocuente necrología crónica al estoico telegrafista del *Titanic*?

Después de lo que se ha escrito, nuestro elogio amargaría más la vida ultraterrena del héroe Phillips, que de seguro se hubiera lanzado á un bote salvavidas, de sospechar que su conducta valerosa había de recibir tan tremendos ultrajes litera-

rios, interidos por el "plumiterismo" mundial.

Descanse en paz el glorioso telegrafista y déjenle en paz también sus panegirizantes.

Así como así, el día menos pensado va á ocurrir en nuestra nave del Estado una catástrofe análoga, y encenderemos la luz y perecerán hasta los taquígrafos.

Menos mal que, si salvamos á las señoras, aún quedará mayoría en el Parlamento.

¿Hemos de comentar el levantamiento de una estatua á Lagartijo?

No estamos para erecciones, pero, ya que coinciden los admiradores de Rafael y los de Romero Robledo, hagamos las estatuas de entrambos.

En las clásicas largas y en los pases de muleta, no han tenido el califa de Córdoba ni el de Antequera otro rival que Canalejas.

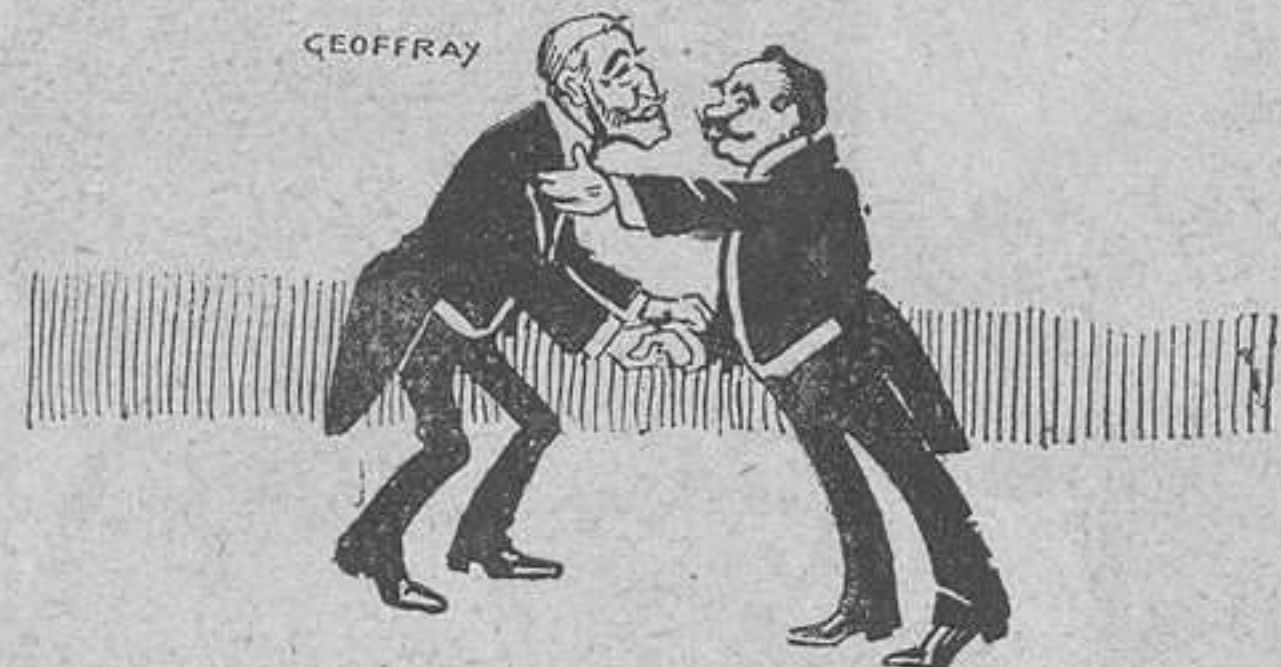
Y también don José tendrá pronto su monumento.

Con un pedestal como Barroso, no haya miedo á las injurias del tiempo ni á los incisivos roedores del "Ratón pelao".

¿Dedicamos unos párrafos, injertados en diplomacia, á la sublevación de Fez?

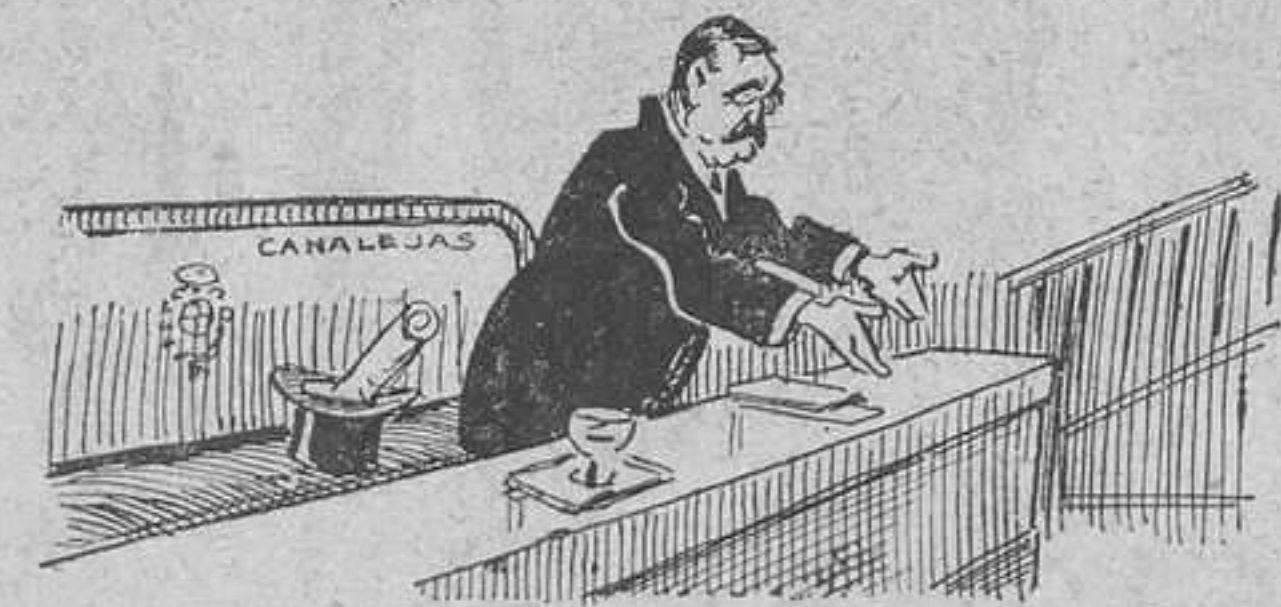
Imposible. Los franceses han cortado los hilos radiográficos—que ya es el colmo—, y las informaciones de Fez vienen muy de Fez... tuosas.

No hablemos tampoco de las orejas de Bombita, casi tan discutidas como las de Jorge; ni de la neurastenia de Gallito, que pide una silla para muletear... y para que no le tiemblen las piernas; ni del pesimista futurismo de Vicente Pastor, por el plano inclinado de su caída de ojos; ni de la suerte de *Bienvenida* para recibir... avisos del presidente. ¡No hablemos de nada, para imitar al *duetto* Prieto-Geoffray,



fray, que están representando, con la comisión técnico-financiera, el cuento famosísimo de los cinco sordos!

¿Cómo vamos á murmurar nosotros, si hasta el Presidente ha echado doble llave



á su boca, que no es, ni mucho menos, el sepulcro del Sr. Cid?

¡Ah! Pero Canalejas se reserva para los Miuras, para el Parlamento. "Allí demostraré—nos ha dicho—que no somos mudos."

Este don José es el Crisóstomo de la tragicomedia barrosista.

Quiere arrollarnos con su elocuencia ciceroniana y se mete en un torbellino verborreico, sobre el cual flotan, como tablas de un naufragio, unas cuantas cartetas

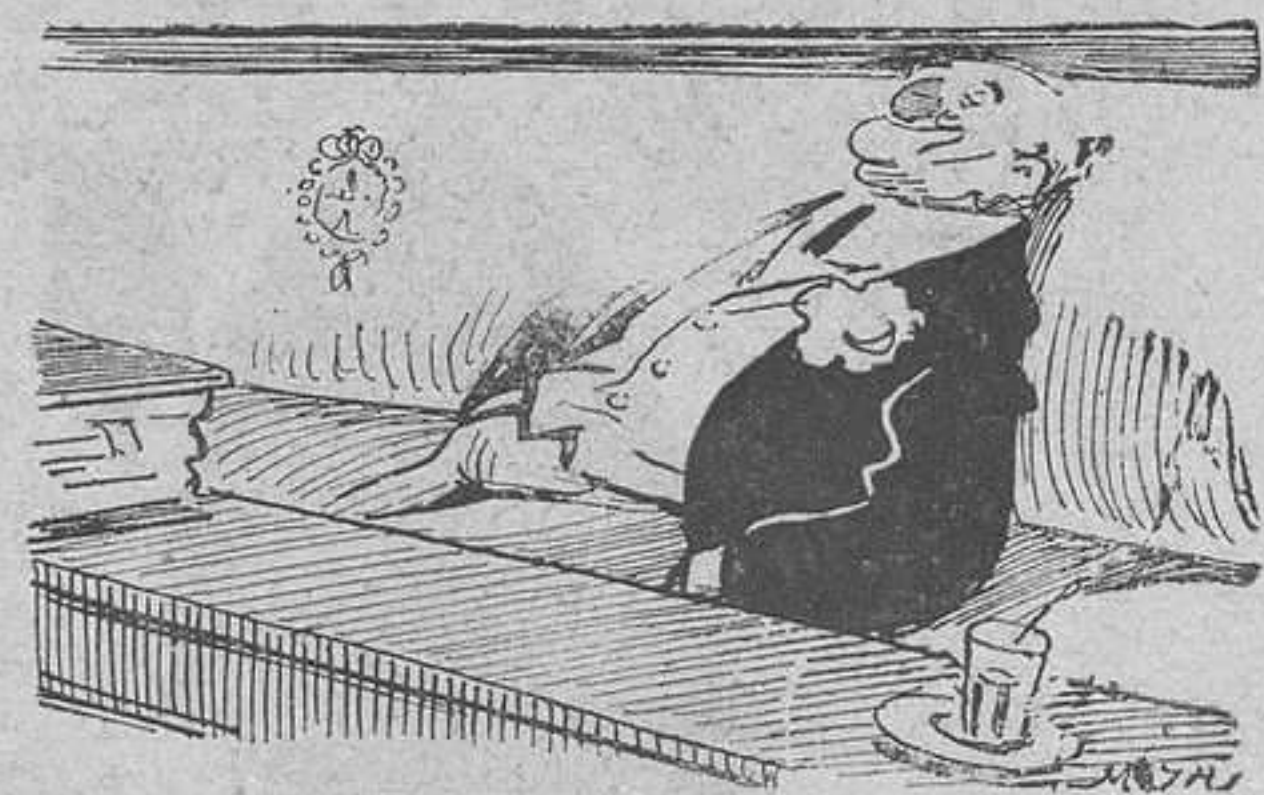
Pero no nos asustemos; aquí no va á ocurrir nada estupendo, como las sorpresas de *La Tribuna*; Melquiades y Lerroux se han puesto de acuerdo para hacer el deslinde de la derecha y de la izquierda republicanas, y en el centro queda, erguido y sublime, el excelso y piramidal jefe del Gobierno, sonriendo á derecha é izquierda, coqueteando con la democracia, fascinándola con el reflejo de sus lentes...



Cuando se enteren los reformistas de que hacemos párrafos castelanos, nos van á ofrecer la vacante de Melquiades en el partido, no en alguna de las infinitas prebendas de que goza el gran tribuno, sin que nadie lo compare con Pidal.

Hemos asesinado diez minutos.

Pensábamos que la pluma se resistiría á correr sobre las "blancas y satinadas cuartillas".



¡GEDEÓN, GEDEÓN, estáis insoportable!

Divertidnos vos, Quevedo, Quevedo, hacednos reir...

Pero, GEDEÓN, que ama la vida en estas deliciosas mañanas abribeñas, tira la pluma y descansa en brazos de la ilustre señora de Pérez.

Dejadme, dejadme con mi Pereza



EL PAPEL VALE MÁS!

LAS ESTRELLAS DEL TOREO

Dicen que decae la afición al toreo. Que lo diga D. Manuel Serrano García-Vao (*Dulzuras*) y D. Bruno del Amo (*Recortes*), autores, al alimón, de *Las estrellas del toreo*, obra con la que han enriquecido la bibliografía taurina, y con la que habrán ganado mucho más dinero que estrellas hay en la bóveda celeste, aunque mucho menos que D. Indalecio Mosquera.

En esta obra se hacen las 45 biografías de los 45 dioses coletudos que andan por ahí repartiendo bajonazos y encareciendo las patatas. Decir que los autores escriben corto y ceñido, que paran como es debido, que saben darle verónicas afluigradas, faroles y hasta navarras al arte de escribir, y que meten el estoque hasta las péndolas en lo tocante á urdir un libro



ENTRE CORDOBESES

EL GRAN CAPITAN.—Pero, paisano, ¿cómo te las has compuesto para que piensen en levantarte una estatua, y en cambio á nosotros nos dejan tan desamparaditos?

RAFAEL.—Ese es *er intríngulis*. Porque yo siempre tuve mucha mano izquierda.

ameno, sería decir una vulgaridad. *Dulzuras* y *Recortes*, astros también de la literatura taurómaca, saben manejar el percal y torear solos, entre los pitones, sin peonaje.

Reciban los distinguidos amigos la consabida ovación, con su oreja correspondiente.



TODO ESTÁ MUY MALO

Las tragedias y mudanzas de este pícaro mundo han conducido á una marquesa, del más limpio y preclaro abolengo de la aristocracia parisina, á los más humildes peldaños de la escalera social.

Si hubiese sido viceversa, la linajuda amiga celebraría muchísimo su buena suerte, pero descender de aristócrata á fregatriz, es muy poco agradable.

Digno de elogio es este ejemplo, que no todos los días damos con marquesas como ésta, que tan briosamente pone cara á la adversidad afrontando su nueva situación de lavaplatos en el *restaurant* de la Porte Maillot, de París.

Otra, en tal extremo, hubiese dedicado su actividad á esgrimir el *sable* á todo

juego, batiéndose *corps á corps* con los más reacios en soltar prenda.

O siguiendo la ruta de algunas señoras de sangre azul, se habría lanzado á la busca y captura de un joven tímido con el cebo de sus blasones tentadores, ó establecido, en último caso, un puerto abierto al amor para que en él fondeasen embarcaciones de todos los calados, y aún tolerar entre sus amigos y amigas el contrabando amoroso al amparo de su título protector.

Todavía la quedaba un magno recurso, casi de buen tono: el dar con una estafa, que discurrida con originalidad, la aseguraría una existencia cómoda y tranquila.

Pero la marquesa ha desoído, quizá, los consejos de algún hombre de mundo y ha dado con el historial de sus pergaminos en el burgués *restaurant* de la Porte Maillot.

Y según ha declarado el dueño á un *reporter* que tuvo la curiosidad de informarse, la marquesa es la última palabra de las lavaplatos, oficio que practica de modo perfecto, pues es tan tímida para la loza, que aunque haya roto algunos platos en su vida, no puede decirse lo mismo en el tiempo que lleva en la Porte Maillot.

Allí ha tenido la comodidad de no romper ninguno, y esto es lo que á todas horas celebra el *restaurateur* afortunado.

El suceso ha movido la curiosidad de las gentes, y muchas personas van á la

Porte Maillot, más que por la bondad del menú, por el deseo de sorprender á la marquesa en sus labores de fregatriz. Y este si que es feminismo puro, sin trampa ni cartón.

Si esta ganga le hubiera llovido á un yankilandio, ¡qué bien habría explotado su buena fortuna! ¡Que una marquesa que friega platos, es una mascota para un *restaurant*!

Seguramente hubiera hecho constar en pomposos reclamos: “¡Unico *restaurant* del mundo que tiene marquesas para el servicio de la cocina!”.

Y con este motivo el que quisiera comer en platos lavoteados por la aristócrata dama, pagaría doble por tal honor.

La marquesa, aun en tan modestísimo oficio, ha sabido hacer economías que se aproximan á los mil francos.

Pero ¡ay!, que la marquesa, que ha tenido valor para ver estoicamente cómo acabaron todos sus esplendores, no podía resignarse á cerrar su alma á las dulzuras de su callado y platónico amor, y ya en el sonar de sus cuarenta años escuchó adormecida, transpuesta, la musitada declaración de un joven cocinero del mismo *restaurant*, que para darle una rotunda prueba de que á su lado le era imposible la vida, ahuecó una buena mañana, llevándose como recuerdo los mil francos de la marquesa.

¡Qué horrible decepción! ¡Y qué triste punto final á las humillaciones y dolores

que habrá sufrido esa infeliz marquesa!
Al conocer la tremenda y decepcionante noticia estrelló contra el suelo cuantos platos tenía entre manos.
¡Caramba!, se comprende.

EL SUFRAGIO FEMENINO

La cuestión del sufragio, solicitado por la "mitad más bella del género humano", ha puesto en movimiento las astucias, las energías y hasta las fuerzas físicas de las mujeres amantes del voto.

Ya se sabe que en Londres las ventanillas de las tiendas pagaron los vidrios rotos, y que las damas enemigas de los vidrios rotos, repagaron su enemistad con dos meses en la cárcel.

Las sufragistas de Nueva York hacen tiempo que no descansan en la tarea de obtener el derecho de consignar su voto. Han recurrido á todos los medios y, como entre ellas hay damas de importancia social y monetaria, es natural que ejerzan influencia en todos los círculos.

Debido á esto consiguieron que un miembro de la legislatura de Albany, capital del estado de Nueva York, introdujera una ley concediendo el voto á la mujer.

El día que debía ser introducida esta ley, salió de la ciudad de Nueva York una comisión de lo más granado del partido femenino, con destino á Albany, con objeto de hacer fuerza de vela para que la ley se votara. La comisión, que era numerosa, tomó un carro especial del tren ferroviario, y aquello fué una constante charla argentina durante el trayecto.

En el Palacio de la Legislatura se introdujo la ley, y á tal extremo llegó la cosa, que en una sesión se aprobó dicha ley, por mayoría de diez y seis votos. Llegar á este punto y formarse el gran alboroto, todo fué uno. De las tribunas y los pasillos, que estaban poblados de damas sufragistas, salió un continuado y estruendoso aplauso. Aquellas damas ha-

bían triunfado. No cabían en sí de gozo. Al fin iban á ver la aurora del sufragio. La alegría no tenía límites.

Pero he aquí que un diputado propuso que se tomara de nuevo el voto á la Cámara, moción legal en primera discusión, y al efectuar esto, el proyecto quedó muerto por una mayoría abrumadora.

¡Pobres señoras y señoritas! Aquello causó el efecto de una bomba. ¿Fué una crueldad de la Asamblea, ó fué un acto de reflexión necesario para corregir el error del primer voto?

Fué que las tomaron el pelo, sencillamente.



...y armas al hombro

En estos días de orfeones, abundan las corbatas para las señoras, que no son lo mismo que las corbatas para las señoras.

En Tarragona la impuso el Ayuntamiento.

En Zaragoza, el Centro Catalán.

En Madrid, el más indicado para imponer la corbata hubiera sido Morote.



Nuevo Mundo" ha "traído" á Bombita componiendo como cajista.

El galerín y el componedor han pasado de moda.

El éxito hubiera consistido en hacer á Ricardo lynotipista.

Es más elegante.



Los toreros y los cómicos siguen zarpando con rumbo á América.

No es lo malo que nos digan "adiós".

Lo peor es que se despiden "hasta luego".

Y algunos vuelven... pasados por agua



El alcalde no concede autorizaciones para que circulen carros con dos ruedas.

Debe hacerse extensiva la limitación á los transeúntes.

Veríamos deambulando con los cuatro remos á mucha gente conocida.



De un cartel de feria:

"Seis toros de Saltillo, para Minuto, Punteret y Platerito."

Pero, ¿eso es una combinación de matadores, ó es el cuadro de Las Meninas?



Dice un colega que los republicanos no se entienden.

No le importe.

El país los entiende... y los comprende.



En el café:

—¿Has leído? Ya terminó en Londres la famosa discusión del home-rule.

—Pues, en seguida, después del home-rule, hay que discutir... ¡la mujer-ruleta!

Encías duras y rosadas y los dientes blancos y sin sarro, sostienenlos el Licor del Polo.

Como higiénica, barata sin competencia, como medicinal y como fina sin igual el Agua de Colonia de Orive es la 1.ª del mundo. La distingue la aristocracia y mató á todas las extranjeras. Basta un ensayo para preferirla á todas. Frascos desde 3 á 24 reales.

Se siguen regalando billetes para la rifa del Chalet de S. de Orive, comprando 6 pts. en Licor del Polo y Agua Colonia. El sorteo, el 20 Enero de 1913. Dirigirse á Logroño.

IMPRESA «PRENSA ESPAÑOLA»
Serrano, 55, Madrid.

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2869
FUENCARRAL, MADRID.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los Dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".
PUMOUZE — PARIS, y en todas las Farmacias del Globo.

Pâte Dentifrice GLYCÉRINE
GELLÉ FRÈRES PARIS
Hermosura de los Dientes



IDEAL BOUQUET

Perfumería, 3, Príncipe, 3.
VARIO Y SELECTO
SURTIDO. LOS MAS
ALTOS A LOS MAS
MODESTOS PRE-
CIOS. COLONIA
CONCENTRADA ES-
PECIALIDAD DE LA
CASA.

6 PESETAS LITRO

Jabón Medicinal

DE

BREA

Marca LA GIRALDA

Se vende en todas las Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Precio: 3 pesetas la caja con tres pastillas.

BOSTON, Mass.
(U. S. A.) Sres. Lockwood, Brackett & Co.
222, State Street.

FOTOGRAFIA

CALVACHE

Carrera San Jerónimo, 16.

DUPONT FILS AINÉ & C^{IE}

9, rue Hautefeuille, PARIS

TEL. 827-75

COCHES PARA PASEO

DE TODAS CLASES

Envío franco del catálogo ilustrado

Especifiquense bien la razón social y las señas



Segun GUBLER, TROUSSEAU, CHARCOT

VALÉRIANATO PIERLOT

remedio poderoso é inofensivo contra

NEURALGIAS * ENFERMEDADES NERVIOSAS

26, Rue Saint-Claude, Paris y principales farmacias.